

Los problemas de una sociología propia en América Latina

ALAIN TOURAINE

LA CONSTRUCCIÓN DEL ANÁLISIS

1. Durante mucho tiempo, el análisis de los cambios sociales, económicos y políticos en América Latina ha estado dominado por tres enfoques que, mas que coordinarse entre sí, se yuxtaponen. Es de estos tres temas fundamentales de donde es indispensable partir.

a) La *modernización*, conocida también como movilización, en particular por Gino Germani. La evolución del continente se analiza en este caso como el tránsito de sociedades locales, encerradas en sí mismas y relativamente inmóviles, a una sociedad nacional o incluso internacionalizada, donde las ideas, los capitales, las técnicas y los hombres circulan de un modo más intensivo. En términos más abstractos, la modernización significa el triunfo de la acción racional, para expresarlo en términos weberianos. En América Latina se ha concedido una importancia especial a la educación, considerada como el medio de sacar a los niños y jóvenes de los marcos locales y familiares, en los que se hallaban encerrados, para hacerlos participar en una vida económica, social y cultural más amplia. El tema de la modernización se ha asociado en ocasiones con el de la democracia, como sucedió sobre todo en Inglaterra y Francia en el siglo XVIII, pero también lo han enarbolado los regímenes autoritarios que se han presentado como los destructores de las estructuras sociales y culturales tradicionales, en un espíritu que se inspiraba a veces en la revolución francesa, y a veces también en la revolución soviética.

b) El segundo de los temas principales es el de la *integración nacional*, es decir, la formación de una nación consciente de sí misma a partir de una población a menudo fragmentada en subconjuntos con mala comunicación entre sí, ya sea por razones geográficas o étnicas. El tema de la integración nacional, que ha desempeñado un papel tan importante en todos los movimientos o regímenes populistas o nacional-populares, ha adoptado en algunas ocasiones la forma moderada de la búsqueda de una mayor participación social, política y cultural para las mayorías y, en ocasiones, una forma más radical, cuando se lo ha asociado con la denuncia de desigualdades o de procesos de exclusión.

c) El último tema es el de la *dependencia*, los desequilibrios eco-

nómicos y, sobre todo, la heterogeneidad social que conlleva dicho tema. Algunas veces parece aproximarse bastante al anterior; otras, por el contrario, se aleja mucho del mismo, es decir, cuando el tema de la dependencia lleva al de la imposibilidad de organizar, en una sociedad dependiente, una movilización de masas; esto ha hecho, en especial en Cuba, que se oponga claramente la acción armada de las guerrillas a la rebelión o a la protesta que organizan los movimientos urbanos de tipo nacional-popular. El tema de la dependencia, tal como ha sido desarrollado, particularmente en las obras clásicas de R. Stavenhagen y Pablo González Casanova, se ha concebido frecuentemente como una crítica del tema de la integración nacional, mostrando cómo la dependencia o la colonización por una potencia extranjera implicaban, en el interior mismo del país dependiente, relaciones de desigualdades regionales que había que llamar colonialismo interno.

Este ejemplo muestra evidentemente que los tres temas que se acaba de mencionar rápidamente, y que han suscitado gran cantidad de trabajos importantes e influyentes, se han desarrollado o de manera independiente entre sí, o en conflicto. De tal manera que nos sentiríamos tentados a decir que el tema de la modernización es un tema de derecha, mientras que el de la dependencia es de izquierda, y que el de la integración nacional es solamente un tema de centro o, por lo menos, un tema tercerista.

2. No obstante, lo que salta a la vista es que ninguno de estos tres temas fundamentales, por muy fecundos que sean, parece capaz de dar cuenta de la realidad latinoamericana y de sus transformaciones.

a) El tema de la modernización se ha tropezado de continuo con el hecho insuperable del dualismo. El capitalismo dependiente, aun cuando ha conocido un crecimiento vigoroso, ha tenido efectos integrados muy limitados y, con frecuencia, incluso ha acarreado una concentración de los ingresos para permitir que una pequeña parte de la población tenga acceso a bienes duraderos de alto nivel tecnológico, como es el automóvil. Mientras que muchos observadores pensaban, hace 20 años, que el capitalismo se extendería poco a poco por todo el continente, tanto en el campo como en la ciudad, el hecho más importante que puede observarse en la actualidad es que tal integración capitalista no se ha producido; que la agricultura no capitalista se ha mantenido en multitud de regiones —y muy especialmente en el nordeste brasileño, aunque también, en condiciones muy diferentes, en una gran parte de México—, y que, en un número cada vez mayor de países, el sector que se denomina informal se ha desarrollado a expensas del sector formal, de suerte que en numerosas ciudades y regiones sólo una minoría de la población activa está empleada en actividades con una productividad relativamente elevada, y goza de la legislación social.

b) El tema de la integración nacional, que nutrió tantas políticas nacionales populares, se vio debilitado por ese dualismo permanente y a

menudo reforzado de las sociedades latinoamericanas. Más directamente aún, con frecuencia acarreó un incremento de las demandas sociales al que no correspondía un crecimiento de la capacidad distributiva del Estado y menos aún de las empresas, lo cual trajo consigo desequilibrios que, en más de una ocasión, se tradujeron en crisis políticas de mayor envergadura.

c) En fin, la insistencia en la dependencia e incluso en las intervenciones más o menos directas de Estados Unidos en la región no implicó una generalización ni de las guerrillas ni de los movimientos de liberación nacional. Por el contrario, las guerrillas de inspiración castrista fueron desbaratadas rápidamente a principios de los años sesenta y, hoy en día, ni Sendero Luminoso ni las guerrillas colombianas o salvadoreñas parecen suscitar el entusiasmo que acompañó la acción de los guerrilleros de Sierra Maestra y, unos años después, la acción y muerte del Che Guevara en Bolivia.

Ninguno de los tres temas fundamentales que hemos traído a la memoria puede quedar eliminado, o siquiera marginado, del análisis; ninguno de ellos puede suplantar a los otros dos, y la vida intelectual latinoamericana ha estado dominada durante mucho tiempo por luchas ideológicas, a la vez que políticas, entre interpretaciones que en su totalidad daban cuenta de aspectos importantes de la situación latinoamericana, pero ninguna era capaz de dar una visión integrada de las situaciones y conductas colectivas.

3. La comprobación de lo anterior explica, así, la importancia central, en el transcurso de los años sesenta, de la obra clásica de Cardoso y Falleto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, que por primera vez reconoció con perfecta claridad la necesidad de combinar varios principios de análisis. Este libro y otros, escritos por los mismos autores y por una gran cantidad de otros sociólogos o economistas, han dado gran importancia al tema de la dependencia, pero se han rehusado a explicar “desde fuera” las situaciones del continente, y han insistido en particular en la existencia de actores sociales reales, particularmente de actores de clase, ya sea en la agricultura o en la industria, y también han subrayado la gran importancia y la amplia autonomía de las intervenciones de los Estados en un continente en el que la dependencia no es más que el sinónimo ocasional de una situación colonial, sobre todo en los principales países de América del Sur, y en particular en el Brasil, donde en esta época se ha desarrollado en grupo más activo de estudiosos, y en especial el que más concienzudamente ha intentado combinar diversos enfoques.

La fuerza de este análisis multidimensional reside en que explica bien un rasgo visible de la historia política y social del continente, a saber: la debilidad permanente de las acciones colectivas dirigidas por un solo principio de acción. América Latina ha conocido pocos movimientos de clase, pocas acciones puramente nacionalistas: tampoco ha conocido gran cantidad de movimientos antiimperialistas de importancia. En este último

caso, conviene no obstante poner aparte a los países que conocieron una situación más colonial que dependiente, como varios de los países de América Central y del Caribe.

El límite principal de este tipo de análisis, del que desde un principio dichos autores estuvieron conscientes, es que la interdependencia de los tres principios de análisis no constituye por sí misma una teoría. Falta hallar un principio de unidad. Con todo, es posible establecer la hipótesis, veinte años después de la publicación de este libro clásico, de que fue un acierto que buscara en el tema de la dependencia un principio central de análisis, con tal que diera una definición más sociológica y política de la dependencia misma, y no una definición simplemente económica.

d) Es por ello que hoy en día parece posible e incluso necesario proponer una interpretación integrada de las transformaciones de América Latina. Dicha interpretación puede formularse convenientemente como el análisis de un modo latinoamericano de desarrollo. De ahí que nos veamos obligados a desviarnos aquí brevemente a fin de definir esta noción de alcance general.

LOS MODOS DE DESARROLLO

a) Un modo de desarrollo es una combinación particular de la modernidad, definida por características generales, universales, con una forma particular de movilización de recursos sociales, políticos y culturales para elevar a efecto la transformación de una sociedad. Esta definición desecha de golpe la imagen en verdad ideológica de una modernización producida por la fuerza interna de la modernidad misma, imagen que acompañó el triunfo de la modernización de Europa Occidental y, luego, de América del Norte, y que ha querido ver en la modernización la acción directamente eficaz de la razón aplicada a la ciencia, a la tecnología, a la educación y a los intercambios económicos. El estudio de la modernización de Europa Occidental, al igual que el de todos los demás casos conocidos, da muestras evidentes de que la modernización meramente endógena no ha existido jamás, sino que, en todos los casos históricos conocidos, puede y debe distinguirse, por un lado, el proceso de racionalización que tan correctamente analizó Max Weber, y, por el otro, una forma de movilización del pasado hacia el porvenir, que de ningún modo puede reducirse al abandono del primero en favor del segundo. Si existe una pluralidad de modos de desarrollo, es porque existe simultáneamente con una sola modernidad de los procesos de movilización de los recursos. A título de ilustración, contentémonos aquí con distinguir cuatro grandes modos de desarrollo, sin que tal clasificación haya de preferirse de manera absoluta. El primer modo es aquel que privilegia la racionalización, y que la acompaña de una destrucción o de una represión de las formas de vida sociales

y culturales llamadas tradicionales. Podría decirse que este modelo es revolucionario en la medida en que descansa en la idea central de la destrucción de un antiguo régimen o de un antiguo modo de conocimiento, o, aún más, de organización social. Europa, desde la obra de Descartes hasta la Filosofía de las Luces, la revolución francesa y la revolución soviética, fue el lugar por excelencia de esta concepción "liberadora" de la modernidad, que insistió en la necesidad de fuerzas culturales y políticas capaces de marginar o destruir las formas tradicionales de organización social y cultural.

b) En el extremo opuesto se sitúa el modo de desarrollo que puede denominarse culturalista, pero que con mayor exactitud es una forma de defensa de una identidad y de una historia frente a fuerzas de modernización que aparecen como una conquista extranjera. Naturalmente, es en el interior de los antiguos imperios coloniales o en zonas de cuasicolonización donde ha adquirido importancia semejante modo de desarrollo.

c) Un caso intermedio importante es aquel en el que la defensa de la independencia nacional ha sido la fuerza principal que ha guiado a los modernizadores. La industrialización tuvo, tanto en Alemania como en Italia, Japón, Turquía y en muchos otros países, motivaciones más nacionalistas que propiamente económicas. En tales casos, algunas tradiciones culturales, y sobre todo algunas formas de organización social y de autoridad, se pusieron al servicio de una modernización económica que con frecuencia tiene la apariencia de una movilización, y hasta de una militarización, y no es del todo casual que varios de los países que mejor representan este modo de desarrollo hayan conocido ya sea regímenes militaristas o bien regímenes propiamente fascistas.

d) Los tres tipos que acaban de describirse rápidamente sitúan al último de ellos como el que mejor se aplica de modo particular en América Latina. Se trata aquí, en contraposición con el tipo precedente, de una fuerte disociación entre racionalización y crecimiento económico, por una parte, y movilización de recursos sociales, culturales y políticos, por la otra. Esta dualidad, que he llamado de una forma más precisa la *desarticulación* entre la economía, por un lado, y la política y la cultura, por el otro, me parece que es la propia de las sociedades dependientes, por las razones que con tanta frecuencia y tan bien han analizado economistas como Aníbal Pinto y Oswaldo Sunkel, después de Raúl Prebisch, a saber, que las grandes decisiones económicas, al ser tomadas en el exterior de los países que sin embargo son independientes políticamente, hace que exista una fuerte disociación, una verdadera desarticulación, entre una lógica económica, establecida o transformada en el plano internacional, y una política o unas actividades culturales animadas tanto por conflictos de clases como por esfuerzos de integración nacional. Frecuentemente se ha lanzado críticas superficiales a la noción de *dualismo*. Éstas no se justifican más que en la medida en que algunos se sentirían tentados a decir que en los

países latinoamericanos coexisten, unas al lado de otras, regiones desarrolladas y subdesarrolladas, tradicionales y modernas, concepción que ha resultado tan cómoda para los autores mexicanos ya citados, y que ha recibido la reprobación de Francisco de Oliveira. Pero la verdadera concepción dualista, expuesta de manera constante por muchos de los sociólogos y economistas latinoamericanos, y en particular por Cardoso y Falleto, es de otra naturaleza. Ésta reconoce evidentemente la unidad del sistema, unidad que define en general en términos de la dependencia, aunque ve en el dualismo un atributo duradero de sociedades que, como lo ha señalado el economista argentino Norberto García, tienen al mismo tiempo una gran capacidad de integración y un gran margen de exclusión.

Esta desarticulación, concepto más claro y más central que el de dualismo, ha alcanzado un grado extremo en los países que han estado por un tiempo mayor dominados por la agricultura de exportación. En algunos análisis clásicos, G. O'Donnell ha mostrado ampliamente que Argentina nunca logró constituir para sí un sistema político en el que hubieran participado fuerzas sociales y económicas rivales y opuestas. Por el contrario, el poder de los exportadores causó una ruptura constante con las demandas masivas de consumo de las categorías urbanas, y únicamente la violencia política y la intervención del ejército pudo proteger a una oligarquía exportadora que jamás alcanzó una expresión política que correspondiera a su poder económico. Tal desarticulación se encuentra nuevamente tanto en los países que más precozmente se industrializaron, como en aquellos en los que las actividades tradicionales continúan siendo las más importantes.

ATRIBUTOS PRINCIPALES DEL MODELO LATINOAMERICANO DE DESARROLLO

1. El más visible es con toda seguridad el dualismo. Casi todos los países que ingresaron en una fase de modernización acelerada conocieron ciertas formas de dualización, de una distancia creciente entre los focos de modernización y las zonas que siguieron siendo tradicionales o, mejor aún, que entraron en crisis por el desarrollo de nuevas actividades. Como bien lo han señalado los trabajos de V. Tokman y N. García, en los inicios de su gran período de industrialización, los Estados Unidos, Suecia o Japón también conocieron un considerable sector informal. Pero lo característico de una economía dependiente es que esta dualización se ha mantenido, durante todo el transcurso de un largo período de rápido crecimiento, e incluso se ha acentuado en el curso de la década actual, dominada por una grave crisis económica. Este dualismo hace que la oposición entre la ciudad y el campo y, de manera más general, entre el universo de la participación y el de la exclusión, sea un elemento más esencial de la estructura social que la oposición entre las clases, de las que cada una continúa dividida entre un sector central y un sector periférico, formal

o informal. Tal oposición entre el mundo de la participación y el de la exclusión es tan fuerte que pone en entredicho la existencia misma de las sociedades nacionales. En el nivel del análisis, explica la difícil integración de principios opuestos de análisis, los cuales se evocaron al principio de este texto. En un libro reciente, he llamado “la palabra” al mundo de la participación y “la sangre” al mundo de la exclusión. Todos los sociólogos y politólogos que han estudiado el modelo nacional popular, bajo sus diferentes formas nacionales, han centrado su atención en el mundo de la palabra, de la participación, más vasto en efecto y más precozmente desarrollado que en casi todas las demás regiones del mundo. Una fracción muy importante de la población urbana tuvo muy pronto acceso a la influencia política, al consumo y a la cultura de masas. Esto es igualmente cierto en el México postcardenista y en la Argentina peronista, en la Venezuela de la Acción Democrática o en el Chile de la Democracia Cristiana y de la Unidad Popular. Es verdad que el papel principal del Estado fue el de integrar, en torno a sí, a clases medias que se extendían a una parte de los asalariados de la industria y de los núcleos de las categorías populares más pobres, animadas por organizaciones clientelistas o de movilización local. Pero es igualmente cierto que este inmenso movimiento de participación e integración, aun cuando se apoyaba en una tasa de crecimiento elevada, nunca fue suficiente para responder a las demandas de participación, que se habían acrecentado grandemente a causa de una tasa elevada de crecimiento de la población y de movimientos masivos de migración del campo a las ciudades. Las mismas características del crecimiento, la rápida introducción de producciones de elevada tecnología destinadas a un público con altos ingresos, pero también la debilidad de los núcleos internos de industrialización, reforzaron la tendencia a la limitación de los focos de modernización y al mantenimiento de vastas zonas de economía en crisis y de una productividad muy débil. A la par de una América Latina con un crecimiento y una modernización más rápidos de lo que se percibe desde el extranjero, no ha dejado de existir —y a veces de desarrollarse— una América de exclusión, que en ocasiones se mantiene bajo el control de los propietarios tradicionales, y en otras se reprime más directamente, cuando sus condiciones de subsistencia la empujan a la rebelión, o simplemente cuando ciertos focos de desarrollo capitalista tratan de apoderarse de los recursos en tierra y mano de obra situados en el sector periférico. Esta constante dualización de las sociedades latinoamericanas ha tomado su forma más extrema en los países andinos, pero se la encuentra por todas partes, a excepción de los países del Cono Sur, que se hallan más fuertemente integrados.

2. Es preciso que por *desarticulación* se entienda algo diferente que por dualización. No se trata, en este caso, de la separación permanente entre varios sectores económicos o regionales de desarrollo económico desigual, sino de una ausencia general de correspondencia entre la economía, la

política y la ideología. No obstante, existen lazos profundos entre estas dos características generales de las sociedades latinoamericanas. Es la economía dependiente, pero asociada a la independencia política de las repúblicas o Estados latinoamericanos, lo que explica que el mundo de la "palabra", de la participación social y política, se haya desarrollado bastante más allá de la integración económica limitada, que permitía un desarrollo muy desigual. En América Latina, la política precede a las realidades económicas y a las fuerzas sociales. Esto aproxima a los países latinoamericanos con los países eurolatinos, como Francia, Italia y España, donde las fuerzas políticas han estado siempre igualmente constituidas con más fuerza que los actores sociales, sean éstos patronales o sindicales. Pero lo que más asombra en América Latina es la gran desarticulación de la vida intelectual y de la vida social o hasta política. En ninguna parte del mundo ha adquirido tal autonomía el mundo intelectual, y en particular el universitario; esto se da hasta tal punto que las universidades han sido, durante medio siglo, un actor de la vida política que no estaba controlado por ninguna fuerza política, y que no podía identificarse con ninguna categoría social. Desde la reforma universitaria de Córdoba, las universidades se anticiparon al movimiento de integración social y política, y sería sumamente insuficiente reducirlas a la expresión de una burguesía ascendente. La acción universitaria se sitúa en un plano simbólico, y asocia integración nacional, modernización económica y luchas de clases en proporciones variables, de acuerdo con los países; es decir, los tres principios de análisis que se ha señalado constantemente, y a los que la práctica social nunca ha integrado por completo (dista tanto de ello), se han fundido todos en varias ocasiones en ideologías con efectos prácticos importantes que exaltan el nacionalismo revolucionario o el populismo revolucionario. En América Latina, lo que está separado en la práctica está unido en las representaciones y las ideologías, lo cual da a la vez una fuerza de atracción considerable a estas últimas, y crea un desfase constante entre las fuerzas sociales y las expresiones ideológicas. Dicho desfase no tuvo jamás una importancia mayor que después de la revolución cubana, cuando los intelectuales y al mismo tiempo grupos urbanos o rurales se lanzaron a la guerrilla, es decir, emprendieron una acción política que no invocaba ni las acciones de masa organizadas ni tampoco a los partidos de vanguardia política, como bien se vio en la tentativa trágica del Che Guevara en Bolivia. A partir del momento en que se agotaron a la vez la fácil industrialización de la postguerra y los efectos del triunfo de la guerrilla en Cuba, el mundo de las universidades y de los intelectuales entró en una crisis que no puede reducirse a la represión a que se sometió cada vez más a las universidades por parte de los regímenes autoritarios, como si el papel del medio intelectual fuera el de amplificar la crisis de un modelo cuyas contradicciones internas estallaban de un modo cada día más evidente.

3. Además de la dualización y la desarticulación, el rasgo más importante de la vida política y social del continente es la ausencia de separación entre *vida pública* y *vida privada*. Lo que opone claramente a la América Latina frente a la Europa Occidental y la América del Norte industrializadas —en las que tal separación ha sido constante— dominó la cultura del siglo XIX y no dejó de acentuarse en el XX, conforme se desarrollaba el consumo privado y se introducía normas y formas de sociabilidad del todo opuestas a las de las grandes organizaciones de producción y gestión. Con mucha frecuencia, la mezcla de la vida privada y de la vida pública no se consideró sino como un elemento de arcaísmo, cosa que es verdad cuando se insiste en el papel de la familia, del compadrazgo y del clientelismo en las historias de vidas personales. Pero eso sucede al lado de lo esencial, a partir del momento en que no se ve que lo propio de una sociedad dependiente y desarticulada es el rechazo de la separación entre las formas tradicionales de organización social y cultural, y las fuerzas de modernización. América Latina también creyó durante un largo tiempo en la necesidad de la separación entre vida pública y vida privada, y más concretamente en la identificación de la modernidad y del laicismo. La América Latina republicana, positivista y franc-masona, se alejó despectivamente del mundo de los campesinos, de los sacerdotes y de las mujeres, que se identificaba con el obscurantismo. Hasta la iglesia católica misma, en la línea del *aggiornamento* de Juan XXIII, se “modernizó”, rompió con la religión popular para reconquistar a las clases medias, urbanas e intelectuales, en rápido desarrollo. Pero la realidad social y cultural siempre ha resistido tales tentativas medianamente arbitrarias de oponer la modernidad a la tradición. Y, en varias ocasiones, las ideologías modernistas sólo sirvieron para reforzar la dualización de la sociedad y para acompañar la preeminencia del centro sobre la periferia. Conforme se extendía el campo de la participación social, y la política de los “ciudadanos activos”, es decir, del mundo de la palabra, quedaba desbordada, se advirtió la reaparición en el campo político de las fuerzas culturales que se creían encerradas en la vida privada. Hoy en día, América Latina se caracteriza por el importante papel de las mujeres y de la religión en la vida pública.

Si bien es verdad que el *feminismo*, tal y como se desarrolló en Estados Unidos y en Europa Occidental, ha penetrado poco en América Latina y ha permanecido confinado en grupos de mujeres de clase media alta que han estado en contacto con los países del Norte, a menudo con motivo del exilio, nada sería más falso que concluir, a partir de ello, que las mujeres latinoamericanas permanecen encerradas en los esquemas tradicionales de conductas sociales. Por el contrario, es preciso afirmar con energía que la participación de las mujeres en la vida es mucho más considerable en América Latina que en Estados Unidos o en Europa Occidental. Y esto es así porque, por un lado, las mujeres que estudian

o que han salido de la **Universidad** han asociado estrechamente la transformación de la **condición femenina** con la democratización política y con la modernización económica, pero sobre todo porque, en las zonas inmensas de la marginación y la **exclusión**, la función más tradicional de las mujeres, la de **alimentar a sus hijos**, ha sido la que las ha movido a organizarse para la **supervivencia** de su familia, para protestar contra su condición y para ejercer **una influencia** sobre los detentadores del poder, sean quienes sean. En fin, **cómo no** reconocer la poderosa carga simbólica de la acción de las madres de mayo quienes, invocando también el sentimiento más privado, el **amor maternal**, protestaron contra la violencia militar y la política de los varones.

En muchos casos, tal **movilización** de mujeres se efectuó en un marco religioso, siendo las **comunidades eclesiais** de base brasileñas el ejemplo más conocido, aunque tiene **equivalentes** en muchos países. Aquí, el asunto no es de orden religioso, sino que se trata de rebeliones, de protestas y presiones globales por parte de los pobres que no tienen acceso al mundo de la "palabra", de la **participación** política y que, ante la exclusión y la represión, hacen un llamado más directo a la defensa de la vida y de la dignidad que a **reivindicaciones** propiamente económicas, siempre presentes, mas no apartadas de este cuestionamiento global. La vida política de América Latina se halla **dividida tan profundamente** que muestra, por un lado, juegos políticos e **ideológicos** encerrados en sí mismos, y, por el otro, una **movilización ética y cultural**. Entre ambos se desarrolla difícilmente lo que puede, en un sentido estricto, denominarse como movimientos sociales, ya que la **condición primera de formación** de los movimientos sociales, es decir, de las **acciones colectivas** que impugnan las grandes orientaciones de la sociedad, consiste en **asociar** la acción instrumental con la acción expresiva, objetivos **concretos** y fuerzas generales de **movilización**. Aquello que en América Latina se halla más vagamente definido es siempre el adversario contra el cual se **lucha**. Por una parte, algunos hablan de **unidad**, de **integración** o de **independencia** nacional; por la otra, muchos se yerguen en nombre del **pueblo** o de la **dignidad** de cada individuo, protestando en aras de la **vida** contra la muerte; entre uno y otro, es imposible llegar a una **definición** integrada del adversario, que a veces se define en **términos de clase**, a veces como las fuerzas arcaicas de la oligarquía y, en fin, en otras ocasiones se define como una **dominación** extranjera. La tradición **europea** ha sido totalmente distinta, en la medida en que, en el transcurso de la **industrialización**, fue la **lucha de clases** la que estuvo en el centro de la **vida social** y política, mientras que la **definición** del actor **movilizado** seguía siendo confusa, mezcla de **clase** y de **pueblo**, así como la **invocación** a principios universales, al tiempo que los objetivos generales de la **acción** continuaban mal definidos, particularmente en **términos económicos**.

Tal **movilización cultural**, y a menudo religiosa, puede tomar orienta-

ciones políticas diferentes. Incluso es facilísimo insistir en el conflicto entre una teología de la liberación, considerada como de izquierda, y la labor de Juan Pablo II, que se juzga más conservadora e incluso como neotradicionalista. Dichas diferencias son reales, pero no deben ocultar lo esencial, como tan bien lo mostró la reciente reconciliación de las posiciones existentes, en especial en el momento de la publicación de la encíclica *Sollicitudo rei socialis*. Las comunidades de base brasileñas y los grupos que organizan los viajes triunfales de Juan Pablo II, tienen en común el llamado que hacen a la comunidad y al pueblo de Dios contra un orden económico o político impersonal y lejano, así como el de ser, bajo las formas más diversas, invasiones del dominio público por el privado, lo cual da a la vida social y política en América Latina una vehemencia en la convicción, una fuerza de participación y de testimonio personal, que raramente se encuentran en otras partes del mundo, donde la participación política se encuentra animada con más frecuencia por el espíritu de servicio, de sacrificio y de respaldo a las leyes de la Historia o de la Nación.

Renunciar a la comprensión de la importancia central de las relaciones entre la vida privada y la vida pública es aceptar la división de la sociedad latinoamericana y situarse arbitrariamente en el interior del mundo de la palabra, lo que sólo logra reforzar las desigualdades y las distancias sociales y la forma dramática de la exclusión.

¿EXISTE AMÉRICA LATINA?

No obstante, antes de concluir es preciso volver sobre la interrogante que, desde un principio, se ha suscitado en la mente del lector: ¿tenemos el derecho de hablar de un modelo general latinoamericano?; ¿no es acaso una visión propia del extranjero el considerar que entre Uruguay y Bolivia, y entre México y Chile, sólo existen diferencias secundarias?

1. La primera excepción de aquello que he descrito como el *modelo latinoamericano de desarrollo* es la de los regímenes parlamentarios. Colombia no conoció casi nunca un régimen nacional popular después de 1948 —con la excepción muy limitada y particular del gobierno de Rojas Pinilla—, y la oligarquía, repartida entre los dos partidos políticos tradicionales, jamás perdió el control del poder. Sin embargo, esta particularidad de Colombia explica también, como lo ha mostrado D. Pécaut, su incapacidad para llegar a una vigorosa integración nacional y la existencia endémica de zonas de disidencia en el territorio nacional. En el transcurso de los años recientes, tal ausencia de una experiencia nacional popular explica la grave crisis política y social que atraviesa un país cuya deuda externa es, pese a todo, más liviana que la de los demás países del continente.

Chile, al menos hasta 1973, parece estar más cerca del modelo occi-

dental, en particular del francés, por su pluralidad de partidos políticos —radical, socialista, comunista. Pero basta con recordar los orígenes del partido socialista y las posiciones que adoptó, las más de las veces a la izquierda del partido comunista, para percatarse de que, tras la naturaleza compleja del partido socialista, donde se reunían elementos izquierdistas, fuerzas propiamente marxistas y una izquierda más moderada de empleados y funcionarios, podía advertirse, a menudo de modo manifiesto, un sistema de tipo parlamentario transformado por la realidad nacional popular, es decir, el gran movimiento de integración, más por el Estado que por los partidos, de masas urbanas cuya situación de clase no es ni clara ni estable. En fin, cómo no ver en uno de los regímenes más estables del continente, en la democracia venezolana, que se apoya en la oposición de Acción Democrática y del COPEI, una forma asimismo particular de régimen nacional-popular, como lo evocan a la vez los orígenes de la Acción Democrática, y en particular el período del Trienio y, más recientemente, la personalidad dominante de la política venezolana, Carlos Andrés Pérez, que encabezó una política típicamente nacional popular.

2. Es menester otorgar una importancia mucho más considerable a lo que se ha podido denominar como los regímenes bismarquianos, expresión empleada por Luciano Martins en el caso de Brasil, y, en particular, de la política de Getulio Vargas, pero que también podría emplearse en el caso de México. Aquello que separa a estos dos países del resto del continente es el papel central del Estado, papel particularmente importante en el Brasil, incluso a causa de la tradición del Estado portugués, colbertista, trasplantado al Brasil, y que, muy pronto, creó una administración centralizada tan fuerte que el equivalente de los caciques en Brasil, los *Coroneis*, fueron siempre más los representantes del poder central que los agentes de un poder local respecto del gobierno central. La industrialización brasileña, bajo Getulio Vargas, pero también bajo el reciente gobierno militar, fue llevada a cabo sobre todo por empresas públicas e intervenciones financieras del Estado. El papel desempeñado por las empresas públicas es mucho más limitado en México; con todo, Nacional Financiera ha ocupado, en este país, un lugar más importante que el del BNDE en Brasil. Sin embargo, cómo no ver que si, en efecto, estos regímenes han sido más nacionalistas que populistas, no se trata en este caso más que de una variedad del modelo nacional-popular general, variante que se centra en el Estado más que en los partidos, aun cuando en el caso mexicano sea imposible separar al Estado del PRI. Esto muestra hasta qué punto el bismarquismo latinoamericano continúa dominado ante todo por el modelo que se impone al conjunto del continente, en virtud de que se halla ligado a una situación de economía dependiente.

3. La excepción que se deja reducir con menor facilidad es aquella que concierne a los países que conocieron menos una situación de dependencia que una situación colonial, es decir, una sumisión política y militar res-

pecto de Estados Unidos, al mismo tiempo que una dependencia económica en relación con un mercado mundial dominado por este país. Es naturalmente el caso de América Central y de la región del Caribe en su conjunto. El ejemplo más claro de una orientación social y política extranjera en el modelo nacional popular es, no cabe duda alguna, el caso de Cuba. Incluso puede decirse que la voluntad de lucha contra las tendencias nacionales populares estuvieron largo tiempo en el centro de la política de Fidel Castro. A partir de la lucha contra Somoza, Fidel Castro decidió claramente conceder prioridad a la lucha armada de la guerrilla en la sierra, frente al movimiento de tipo nacional popular, movimiento formado en La Habana y en otras ciudades, el movimiento del 26 de julio. Desde que tomó el poder, convencido de la ruptura indispensable con el dominio de Estados Unidos, condujo a su país a una ruptura, que se vio tanto más acelerada cuanto que se topó con una voluntad paralela del lado americano. El sistema social y político instaurado en Cuba a partir de entonces se alejó constantemente del modelo que predominó sobre el conjunto del continente. Incluso hasta el período guevarista, sobre todo de 1964 a 1968, puede considerarse como el período más antipopulista, dominado por un voluntarismo revolucionario, asociado a una gran concentración del poder económico en manos del Estado. Con todo, la fuerza de resistencia del modelo nacional popular se manifestó en las dificultades de difusión del modelo cubano. No sólo fracasaron las guerrillas de inspiración castrista, en particular en Venezuela, sino que no son visibles todos los rasgos del modelo cubano en la revolución de Nicaragua —puesto que ciertamente se trata en este caso de una revolución—, de un movimiento de masas en el que se hallan incluidas categorías sociales diversas que derribaron a un régimen orientado tanto por la apropiación personal de las riquezas del país como por la subordinación a los Estados Unidos. La pluralidad de las tendencias en el seno del frente sandinista, que predominó un tiempo hasta la fragmentación de éste, la importancia que ciertos elementos del régimen dieron a una movilización de tipo populista revolucionario en torno de la Iglesia popular, si bien no destruyeron seguramente la concepción leninista del poder político, por lo menos permitieron que se estableciera entre Nicaragua y el conjunto del continente, gracias a la mediación del grupo de Contadora y del grupo de apoyo a Contadora, lazos que no pueden dejar de tener una significación social y política a la vez que diplomática.

Podemos entonces concluir que existe un modelo principal en América Latina, con la condición de que agreguemos que uno de los rasgos principales de tal modelo en su fragilidad. Ello se debe a que yuxtapone el mundo de la participación y el mundo de la exclusión, y que éste, reforzado por el papel tan autónomo de una parte de los intelectuales, se halla dispuesto de continuo a rechazar el régimen nacional popular; no obstante, es en esta fragilidad de las sociedades duales donde hay que buscar la

explicación de la presencia constante de otros modelos en el continente, pero sin que dichos modelos lleguen a instalarse de manera estable en su lógica propia, exceptuando sin embargo —y qué importante es hacerlo— el modelo cubano, que todavía hoy parece resistir con fuerza particular a todas las tentativas de transformación o de acercamiento del modelo nacional-popular latinoamericano.

LAS PROBABILIDADES DE LA DEMOCRACIA

La objeción principal que suscita el análisis que acabamos de presentar es que correspondería a un pasado ya cumplido, que podría definirse como el período de desarrollo “fácil”, hacia adentro, para retomar la expresión de la CEPAL, cuyos objetivos de política económica se colocaban claramente en el interior del modelo nacional popular. A medida que se agotaba dicho modelo de desarrollo fácil, que reposaba en la sustitución de las importaciones, se puede pensar que América Latina se ha alejado del modelo político-social que le correspondía, ya sea porque se haya dejado llevar hacia una política ultra liberal sustentada en dictaduras claramente antipopulistas, o porque haya dado después prioridad a la construcción de gobiernos que descansaban sobre la democracia representativa. Estas dos objeciones, que en apariencia se fundan en observaciones poco cuestionables, son las que hay que descartar primeramente.

1. Largos debates, dominados por la importante obra de G. O'Donnell, han permitido llegar a una comprensión mejor de la naturaleza de las *dictaduras* que derribaron, a partir de 1964 y 1966, y luego otra vez en 1973 y 1976, regímenes que en mayor o menor grado tuvieron una orientación nacional popular en Brasil, Argentina, Uruguay y Chile. Muchos de los mejores analistas del continente consideraron que tales gobiernos represivos tenían una finalidad más positiva y más global: insertar a su país en la economía mundial buscando para ellos ventajas comparativas que estaban dispuestos a pagar a un precio económico y social muy alto. Es muy comprensible la intención de tales analistas, poco dispuestos, y con justa razón, a quedar satisfechos con una imagen puramente represiva de regímenes que han durado efectivamente mucho tiempo y que han tenido consecuencias tan importantes sobre la estructura económica y social. Pese a ello, y sin que eso implique retroceder a una concepción demasiado estrecha del análisis de dichos regímenes, mi conclusión es que hay que definirlos ante todo como regímenes antipopulares y, más precisamente, antipopulistas. Lo anterior significa que su realidad permanente es el rechazo de una erupción populista, y en ocasiones populista revolucionaria, que según ellos conduciría a la desintegración del país; por lo demás, las políticas económicas que aplicaron no fueron las mismas en todos lados, y con frecuencia estuvieron, más de lo que suele creerse, en continuidad

con las políticas anteriores. Durante tal período de ultra liberalismo, ¿puede pasarse por alto la continuidad entre la política de Delfim Neto y la de Getulio Vargas, es decir, el papel central que se continúa dando a la intervención directa del Estado y de las empresas públicas en la vida económica? ¿Cómo no ver en la política de Martínez de Hoz la permanencia de la oligarquía agroexportadora como la única fuerza dirigente que se ha constituido en Argentina, donde nunca fue reemplazada por una burguesía industrial? ¿Cómo dejar de ver, en la construcción de los frágiles imperios financieros de Chile, una nueva expresión de las características de una burguesía formada en Valparaíso, y que siempre siguió siendo más financiera, y hasta especuladora, que industrial? A semejante diversidad de situaciones y de políticas económicas se opone la permanencia y la unidad de regímenes propiamente políticos cuyo principio central es la eliminación por la fuerza, por la tortura, de los núcleos populistas revolucionarios levantados contra él, y que recurre a menudo a la acción violenta para abatirlos.

Es preciso considerar, pues, que estos regímenes antipopulistas forman parte del conjunto definido por los regímenes nacional-populares, a los cuales se han opuesto, y no ver allí los inicios de un nuevo período del fin del proteccionismo, y la entrada a una economía abierta con sus ventajas y sus peligros. Los regímenes antipopulistas pertenecen al mismo conjunto que los nacional-populares, que han dominado el continente durante medio siglo.

2. Siento el deseo de adelantar una interpretación análoga en lo que se refiere a los regímenes *democráticos* que sustituyeron a las dictaduras militares, especialmente en el sur del continente. La opinión pública ha visto con frecuencia, en el triunfo de las democracias, un cambio fundamental en las orientaciones políticas y sociales del continente. Es cierto que América Latina nunca ha hablado tanto de democracia, y que frecuentemente se rechazaba esta palabra o, en todo caso, se le concedía menos valor que a la revolución. No obstante, es posible defender la idea de que la democracia en América Latina no se define hoy más que por el derrocamiento de la dictadura, del mismo modo en que la dictadura militar no se definió más que por el derrocamiento de regímenes nacional-populares y de los brotes populistas revolucionarios. En efecto, uno se asombra al ver que tales gobiernos democráticos se definen con mayor exactitud, en particular en el Brasil, como regímenes de transición hacia la democracia. Con ello se muestra que el establecimiento o el restablecimiento de instituciones parlamentarias y de elecciones libres manifiesta más bien la voluntad de eliminar las dictaduras militares que una concepción global de la sociedad. Cuanto más fuertes parecieron las nuevas democracias, en el momento que, al precio de sacrificios extraordinarios, los países del continente reaccionaban contra la gran crisis desencadenada en 1981, más débiles parecen hoy tales gobiernos democráticos, pese al progreso institu-

cional que representan, pues tienen que hacer frente a dificultades que amenazan a esas sociedades que no consiguen levantarse de nuevo, en particular a causa de que tienen que soportar el peso aplastante de la deuda, aunque también a causa de razones internas.

3. Habría que introducir aquí una reflexión más general sobre lo que es la democracia, reflexión que casi no se ha desarrollado en América Latina en el curso de los últimos años. En realidad, lo que se llama democracia no corresponde a un principio único de organización de la vida política y social. La democracia no existe más que por la interdependencia de tres principios complementarios: en primer término, la existencia de una ciudadanía, de la pertenencia de todos a un conjunto propiamente político, lo cual se sitúa en la confluencia de las nociones de pueblo y de nación. En segundo lugar, no existe la democracia si no hay representación de los intereses, lo cual permite a los intereses de la mayoría acceder al poder. Finalmente, la democracia supone, no tanto en un plano global o en el plano de las instituciones, sino en el de las personas y de los grupos, el reino de la ley y, más precisamente, el respeto de derechos que se consideran naturales o fundamentales, derechos del individuo, de las minorías, derecho de expresión, de organización e incluso, como lo dicen las declaraciones más célebres, de resistencia a la opresión. Ahora bien, en América Latina, ninguno de estos tres principios fundamentales de la democracia se ha instalado fuertemente ni en las prácticas ni en las ideas. En el plano más visible, que es el más próximo a la experiencia vivida, con frecuencia no son respetados los derechos del hombre. No es de sorprenderse que sean objeto de escarnio en los regímenes dictatoriales, y Argentina, más aún que Chile, Uruguay o Brasil, ha padecido la violencia arbitraria contra la cual las protestas más nobles parecen carecer de efecto alguno. En segundo lugar, es difícil —tanto para los países de América Latina como para los países de América del Norte— establecer una política sobre bases representativas, porque la dinámica del cambio se impone casi siempre sobre los problemas estructurales de un tipo de sociedad. Una de las condiciones principales de la consolidación de la democracia es, en efecto, que los problemas de funcionamiento de un tipo de sociedad se antepongan a los del desarrollo, es decir, a los del paso de un tipo de sociedad a otro o, para expresarlo mejor, a los que se llama aspectos o consecuencias sociales del crecimiento, e inclusive de la coyuntura económica. Por el contrario, el tema de la ciudadanía es, por tradición, el componente de la democracia que con más constancia se halla presente en América Latina, continente en el que el tema de la participación ha tenido más importancia en general que el de la representación. Pero es aquí donde se sitúan los problemas principales del continente. Casi no es posible hablar de ciudadanía y menos de sistema democrático en sociedades en las que las *desigualdades* sociales son tan grandes. Es sorprendente que el tema de las desigualdades no esté más

directamente en el corazón de las reflexiones o de las proposiciones en todo el continente. El desarrollo económico exige a la vez un nivel elevado y una buena elección de inversión y, por otra parte, una reducción de las desigualdades, un refuerzo de la integración social. Uno de los factores decisivos del desarrollo del Japón, y luego de Corea, fue la homogeneidad social y cultural de estos países, la existencia de desigualdades económicas débiles y de un alto nivel de educación básica. Los objetivos más inmediatos que debe proponerse alcanzar la acción política en América Latina es la reducción de las desigualdades, por un lado mediante una política de construcción masiva de viviendas populares, una lucha decisiva contra el analfabetismo y la instauración de sistemas de seguridad social, y, por otro lado, al mismo tiempo mediante una política fiscal activa, una lucha contra la evasión de capitales y mediante obstáculos al desarrollo del consumo de lujo y, en consecuencia, de cierto tipo de urbanización. Solamente a partir del momento en que el tema de la integración social, y por lo tanto de la lucha contra las desigualdades, tome la delantera, se estará cerca de una sociedad industrial y, consecuentemente, de una política representativa, al tiempo que el refuerzo de la sociedad civil asegurará la libertad y el respeto de los derechos de individuos y minorías.

4. Esta formulación nos permite protegernos simultáneamente contra una ilusión que siempre es peligrosa. Efectivamente, es tentador creer que, después de una fase de desarrollo, llena de ruido y furor, los países entran en las aguas más quietas del estado de sociedades desarrolladas; en suma, que después de la etapa del populismo, de la violencia y de las dictaduras militares viene la época de la eficacia, de la elevada productividad, que es también la de la democracia parlamentaria, del respeto de los derechos de todos y de la especialización profesional. Durante los breves años en que el tema de la democracia ha sustituido a todos los demás, ha podido creerse, bajo la influencia sobre todo de las ideas prevalecientes ahora en Europa Occidental y en América del Norte, que América Latina estaba cerca de alcanzar la categoría de los países estables y que se consideran desarrollados. Es preciso criticar claramente esta ilusión, porque no sólo es ilusoria para los países de América Latina: lo es también para los países de América del Norte o Europa Occidental. Los problemas del desarrollo, y por ejemplo los de la participación populista y los del movimiento revolucionario, no se limitan al período intermediario del *take off*. Si es cierto que existen características generales de la modernidad, no ha existido jamás ninguna sociedad definible tan sólo por la modernidad en sus aspectos universales. Toda sociedad es una combinación de principios generales de modernidad y de caracteres particulares de una modernización específica.

Más concretamente, en América Latina, esto quiere decir, en lo inmediato, que los progresos de la modernización hacen aparecer nuevas formas mixtas, que combinan los caracteres de una sociedad industrial y de

un sistema democrático con formas particulares de movilización, tanto económicas como sociales y culturales. Esto es lo que han recordado oportunamente las elecciones que tuvieron lugar en 1988 y que mostraron, en contra de ciertas ilusiones modernistas, que Brasil o Argentina, y con mayor nitidez aún México, no son sociedades que hayan "salido" de una época turbulenta para internarse en la tranquila claridad de la racionalidad industrial. Las elecciones brasileñas, al igual que las mexicanas, mostraron por el contrario la aparición, más allá de lo que se llamaba "movimientismo", de movimientos políticos que son a la vez populares y populistas, que se apartan de los antiguos populismos por un contenido social e incluso de clase mucho más claro, pero que llaman a la movilización popular e incluso de clase. Este tipo de movilización social y política es el que puede permitir, a los diversos países de América Latina, abordar las tareas que he considerado prioritarias en la lucha contra las desigualdades económicas, sociales y culturales.

Es más difícil resguardar el análisis contra la tendencia opuesta a la que acabamos de criticar. En efecto, si bien es bastante fácil reconocer que las sociedades latinoamericanas no entraron en las aguas supuestamente sosegadas de la modernidad, hay fuertes razones para pensar que, en este momento, y por un largo período, atraviesan tormentas que amenazan con destruirlas y desorientarlas. Tal vez el modelo nacional popular es el que se halla amenazado en forma más directa por el *caos* que se instala en diversas partes del continente, o sea, por la incapacidad del sistema político para encarar las amenazas externas e internas que tienden a desorganizar la economía nacional y la sociedad. En el momento en que escribo, el riesgo de una intervención militar estadounidense en América Central parece descartada, y puede suponerse que el continente en conjunto se apartará cada vez más de una situación colonial. Sin embargo, ya hemos dicho hasta qué punto es insoportable el peso de la deuda: lo es tanto más cuanto que el monto mismo de ésta no se explica únicamente por la lógica de la ganancia en el sistema financiero internacional, sino también por la acción de gobiernos y medios dirigentes indiferentes o ciegos a los intereses nacionales más elementales. En fin, el sociólogo está mal preparado para apreciar la gravedad de los efectos desorganizadores del tráfico de drogas y de las redes de la actividad criminal a las que se asocia. Estos fenómenos, cuya importancia es tan considerable, en particular en Colombia y Bolivia, pero también en Perú y México, nos recuerdan que la historia de América Latina no ha sido meramente la del desarrollo, de la modernización y de los obstáculos que éstos han encontrado, sino que, desde la conquista, ha sido también siempre la historia salvaje de la rapiña, de la violencia y de una criminalidad del Estado o de grupos económicos poderosos e incluso dirigentes. De modo más profundo aún, uno puede preguntarse con J. Matos (Mar en Perú, aunque también con S. Zermeño en México, si los fenómenos que se decían marginales o in-

formales no se han vuelto los fenómenos dominantes, en la medida en que la suma del paro y del desempleo es claramente mucho mayor que el empleo en el sector llamado formal. Ciertos países se ven como arrastrados a mecanismos de descomposición que tienen las más altas probabilidades de desembocar en una extensión de la violencia política y, en consecuencia, en intervenciones militares o, al menos, en el arribo al poder de gobiernos capaces de imponer, a las categorías populares, coerciones económicas y políticas considerables para restablecer los equilibrios nacionales en un plano más bajo, pero que brindan protección contra la descomposición total. ¿Podrá suponerse que nuevos regímenes nacional-populares tendrán la capacidad de extender nuevamente el dominio de la palabra respecto de la sangre, de acrecentar la capacidad de participación en detrimento de las tendencias a la marginación y a la exclusión? Tal interrogante nos coloca en el corazón de los problemas actuales del continente. Sin que haya ruptura entre los regímenes nacional-populares y nuevas formas de acción política y social, podemos suponer que no es el Estado nacional popular, sino únicamente las políticas populares y nacionales, fundadas a la vez sobre la reivindicación y una voluntad de reconstrucción de la unidad nacional, las que tendrán la capacidad movilizadora suficiente para resistir a las fuerzas de descomposición o a las tendencias peligrosas por la agravación de las desigualdades. Será necesario dar una importancia particular a la experiencia de Chile en el curso de los años venideros, dado que las tradiciones políticas de este país le impedirán con seguridad instalarse en forma duradera en la reconstrucción de un sistema democrático que sólo tuviera fines institucionales. No obstante, Chile se encuentra bien ubicado, tanto por su situación económica actual, por la buena calidad de su sistema educativo, como por la referencia a una larga tradición de integración nacional relativamente fuerte, para inventar una política que combine un esfuerzo de modernización económica con una acción orientada hacia una disminución de las desigualdades que se han visto considerablemente acentuadas durante el período de la dictadura.

5. Los comentarios anteriores no son, así, solamente una mirada que se echa hacia el pasado y que se contentaría con resumir aquello que se ha descrito muchas veces en cada país y respecto del continente en su conjunto. Tal reflexión sobre el pasado, al permitir desprender los rasgos específicos más marcados de la experiencia latinoamericana, puede ayudarnos a divisar con mayor claridad en qué sentido habrá de desarrollarse la vida social y política del continente, más allá de las diferencias evidentes que siempre existirán entre las diversas historias nacionales. Los movimientos nacional-populares han combinado las luchas sociales, y hasta de clases, con la lucha antiimperialista contra la dependencia y con la búsqueda de una mayor integración nacional. Esta multidimensionalidad de la acción colectiva se encontrará de nuevo con certeza en las formas de acción que se desarrollarán en el curso de los decenios que vienen: no

obstante, importa definir lo más pronto posible, y con toda precisión, cuáles serán las nuevas formas de combinación entre la gestión de una sociedad industrial y la gestión de las formas de tránsito de una sociedad preindustrial a una sociedad industrial, dentro del cuadro de la dependencia y de cierta coyuntura internacional. Es en esta dirección que la reflexión debería desarrollarse, si es capaz de resistir al mismo tiempo a la tentación "modernista" del acercamiento progresivo de América Latina con países más industrializados, ya sean éstos americanos, europeos o asiáticos, y por otro lado, a la fascinación de la descomposición inevitable que no dejaría lugar más que a golpes de Estado, y a la resistencia armada a esos golpes de Estado o inclusive a la formación de ejércitos revolucionarios que hicieran reinar, en los territorios liberados, un terror de Estado análogo al que ejerce Sendero Luminoso en vastas regiones del Alto Perú. El análisis del modo latinoamericano de desarrollo no se ocupa, pues, solamente de una fase de la historia del continente, y las nociones que se han propuesto aquí y en otras partes son tan útiles hoy como ayer, con la condición de que se adapten a situaciones que cambian sin cesar. Esto es así en vista de que lo esencial no es definir una situación, sino ante todo reorientar el análisis hacia la comprensión de los modos de acción colectiva propios del continente latinoamericano. Dicho análisis no puede separarse de un propósito normativo: cómo elevar la capacidad de acción de los actores latinoamericanos sobre su historia colectiva, cómo reforzar a la vez a los actores estructurales —como los empresarios, los sindicatos, la administración pública o los intelectuales— al mismo tiempo que se verán más fuertemente asociados con actores definidos de su lado por su capacidad de movilizar recursos, de reinterpretar el pasado cultural y político, y convertirlos en un agente de organización del porvenir.

Este tipo de reflexión parece ser importante no sólo para América Latina. La importancia de los trabajos realizados por las ciencias sociales sobre el continente hacen que en la actualidad, en el mundo entero, se multipliquen las referencias a las experiencias, pero también a los trabajos latinoamericanos. Es importante reconocer el papel central que juegan las referencias a la historia latinoamericana actual en países tan diversos como Turquía, Egipto, Tailandia o Indonesia. Quizás una de las tareas principales que deberían cumplir las ciencias sociales en América Latina sea la de incorporar lo más rápido posible las realidades y las ideas latinoamericanas en un conjunto más internacional, más cosmopolita. Tal labor comparativa contribuiría probablemente de manera decisiva a que la reflexión sobre América Latina se hiciera más profunda y a que participara de manera aún más activa a la solución de los difíciles problemas del continente.

Traducción de Martha Donis